

# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 4 rs.

NUM. 34.—SÁBADO 23 DE AGOSTO DE 1854.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 2 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 80.

## REVISTA SEMANAL.

(DE JUEVES Á JUEVES.)

¡Qué calor!—Cumple á nuestro deber de coronistas hebdomadarios el consignar á la cabeza de esta revista ú ojeada retrospectiva la exclamacion que dejamos estampada y que viene á ser la espresion genuina, la idea dominante de la semana que acaba de transcurrir.—¡Qué calor!—Señores contemporáneos, siquiera fuesen ustedes procedentes del año del motin contra el Ministro Squilache (1776) ó contaran ya entonces veinte y dos abriles, como la anciana benemérita que vende yesca y fósforos á espalda de la fuente de Cibebes, ¿han visto ustedes ni recuerdan en aquella dilatada série de agostos, un agosto mas incendiario que el del año de gracia 1854?—Prueba al canto.—Saquen ustedes esos diarios infalibles de Uribe y de Tewin, de Jimenez Haro y de Jordan, de Boix y de Alonso, á ver si en todos ellos y en la parte de las observaciones atmosféricas pueden presentar una semana como la que acaba, y que para perpétua memoria y para descargo de nuestra conciencia vamos á estampar aquí:

	Termómetro reamur.	Termómetro centigrado.
Jueves 14.	34 <sup>3</sup> / <sub>4</sub>	43 <sup>1</sup> / <sub>2</sub>
Viernes 15.	35 <sup>1</sup> / <sub>4</sub>	44 <sup>3</sup> / <sub>4</sub>
Sábado 16.	33 <sup>1</sup> / <sub>4</sub>	42 <sup>1</sup> / <sub>2</sub>
Domingo 17.	35 <sup>3</sup> / <sub>4</sub>	43 <sup>3</sup> / <sub>4</sub>
Lunes 18.	35 <sup>1</sup> / <sub>2</sub>	44 <sup>1</sup> / <sub>4</sub>
Martes 19.	32 <sup>1</sup> / <sub>2</sub>	38 <sup>1</sup> / <sub>4</sub>
Miércoles 20.	31 <sup>1</sup> / <sub>2</sub>	36 <sup>1</sup> / <sub>4</sub>

Y cuenta, que no han sido solos esos siete dias los favorecidos con tan subida temperatura, sino todos los anteriores igualmente desde los primeros del mes, y es de esperar que para los que quedan tengamos el consuelo de permanecer durante todo él á la altura del Senegal.

Por fortuna para templar nuestro ardor, para mitigar nuestra sed ardiente, traemos entre manos (sino entre los labios) un gran proyecto; tenemos ante nuestras mentes la risueña perspectiva de un caudaloso rio que no dista ya de nosotros mas que unas diez y siete leguas, y como obra de ochenta millones—¡cosa corta!—pero que esperamos en Dios podremos ver realizada si alcanzamos á vivir siquiera las calendas de la vieja antes citada.—Entre tanto nuestro pobre Manzanarés, á medida que nosotros nos hemos ido liquidando, ha ido él poquito á poquito quedándose en seco, tomó punto, y realizó cumplidamente el celebre dicho de Tirso,

«Como Alcalá y Salamanca,  
teneis y no sois colegio,  
vacaciones en verano  
y curso solo en invierno.»

con lo cual ha habido que disponer que las cubas del riego acudan todas las tardes á humedecer algun tanto su albeo y proveer de líquido los cauchiles adonde solian darse un jabon ropas y cuerpos de los heroicos habitantes; pero es lo malo que cuando las susodichas cubas acudian á llenarse á los pilones de las fuentes, se hallaban con que estos se los habian ya sorbido las de los aguadores asturianos, para aguar un poco el agua de las norias y pozos que por base general están encargados de refrescar nuestras fauces sitibundas. Y entre tanto que esto sucedia los *órganos de la opinion* se descolgaban quejándose del polvo y la falta de riego en calles y paseos y pedían cútufas en el golfo, cuando el que mas y el que menos si tiene un sorbito en su charco, le dedica incontinenti á poner el puchero ó á lavarse la cara, todo sin perjuicio de guardarle despues para iguales usos al siguiente dia.—En las casas de baños, por ejemplo, se brinda á los parroquianos con el mismo líquido que sirvió en el año anterior, y que se conserva embotellado para estos casos; y en los de incendios (que no son pocos) acuden los operarios de la villa á matarlos á soplos á falta de otra cosa de humedad.—Por fortuna en esta semana no han ocurrido, bendito Dios, mas que tres ó cuatro, y esos no del calibre y consecuencias de el del dia 8 de julio en los barrios del cuartel de Guardias, y por el cual se llama actualmente á los propietarios de casas *aseguradas* para que suden un par de millones á fin de indemnizar á los que perdieron las suyas. Precisamente en

esta semana en que hemos arreglado la deuda y pagado tambien el plazo anticipado de las contribuciones. ¡Todo es sudar!

Afortunadamente todos estos y otros percances del mes de agosto, los repartimos y conllevamos en mayores dosis entre los pocos impertérritos habitantes que con un valor heroico, digno de la villa del Dos de Mayo, hemos quedado representando intramuros al oso y el madroño consabidos.—Los padres de la patria que olieron el poste, cerraron la fábrica de las leyes, y echaron á correr.—Los magistrados y funcionarios entregaron las llaves al portero y «ahí te quedas.»—Los escolares y sus maestros colgaron los manteos y mucetas y «hasta mas ver.»—Las academias y sociedades literarias apagaron las luces y se largaron donde no las dé el sol.—Los actores dramáticos, líricos y coreográficos corrieron el telon; y las tertulias ó *soirés*, los bailes y festines particulares, marcharon á formarse á las frescas playas del Océano, á las risueñas márgenes del Urumea, ó á los floridos pensiles de la Granja.—Madrid, pues, está en todas partes menos en Madrid, y en el momento que escribimos, es menester buscarle en San Sebastian ó en Cestona, en Valencia ó Santander, en Sacedon ó en Trillo, en Pozuelo ó Carabanchel, en el frondoso bosque de Boloña, ó en el palacio encantado

de Hyde-Parck.—Hablamos del Madrid cortesano, del Madrid vital, bullicioso y animado, de aquel círculo que en el lenguaje periodístico estamos convenidos en llamar *todo Madrid*, y que en el especial de las revistas semanales se halla condecorado con el lisongero epíteto de *la buena sociedad*.—Hemos, pues, aquí, en el caso de prescindir absolutamente de tan socorrido argumento, y de consignar las actas de aquel Madrid *com' il faut* en la pasada semana, como ausentes y lejanos que somos de él y sin poseer el don de segunda vista; hémos aquí privados de reproducir por la milésima vez los triunfos parlamentarios del orador A... los laureles poéticos del autor B... las ovaciones escénicas del artista C... la discrecion y donaire de la marquesita D... las gracias divinales de las lindas señoritas E... y la amable coqueteria de la vizcondesa F...; todo el alfabeto, en fin, que forma el mobiliario de las gratas revistas que tan á gusto de sus lectoras sabe trazar la discreta y elegante pluma de nuestro amigo *Narrete*.

Pero la ausencia de este y de su brillante teatro encantado, no ha de ser parte para que privemos absolutamente á nuestros lectores de la reseña semanal, y siquiera sea pálida y escasa de interés dramático, parécenos del caso continuarla aquí.



Gioberti.

Los únicos salones que no han cerrado sus puertas á sus numerosos apasionados son los del Prado y de Oriente, bajo cuyas estendidas y estrelladas bóvedas, alumbradas cuando por la luna llena, cuando por algunos cuantos mecheros vacíos de gas, (que suplen mal ó bien á las lámparas solares y bujías de la Estrella que se ahorran en casa) se ha apresurado á acudir cada noche todo lo que resta de Madrid, formando, si no círculos aristocráticos, líneas horizontales y en correcta formación, de apreciables sillas de á dos cuartos á falta de cómodas butacas de muelles, ó de otomanas de pluma y edredon.—Allí, protegidas por aquellas misteriosas sombras, acariciadas por aquellas templadas brisas, han pasado sin duda muchas cosas, de aquellas que encierran un interés palpitante (*aliquid latentem*) para los respectivos protagonistas, pero cuyo discreto velo no nos parece prudente descubrir; contentándonos con asegurar únicamente que el todo de la reunión ofrecía cada noche el aspecto mas *confortable*; que la orquesta de bardos y harpías francesas nada dejaron que desear; que numerosos servidores circulando con profusión repartían sorbetes de la Diqsa Cibeles con sendos panales por la módica cantidad de 8 maravedises; y que, en fin, los dueños de la casa (ó sean los señores Apolo y don Felipe IV) hicieron los honores de sus salones respectivos con su amabilidad exquisita y proverbial.

Si cansados del monotonó espectáculo de tan grata reunión, quisimos echar una tarde á perros ó gatos, á leones y panteiras, á caballos ó monos, los señores Paul y Tournaire, Carlos Brice y Carrasco nos ofrecían en sus circos respectivos variadas colecciones y singulares ejercicios de aquellos artistas, con que no tuvimos en este punto que sentir mas que *l'embarras du choix*.—También en el de la puerta de Alcalá ha habido indios pegadores y portugueses de pega; y en los teatros de verano dos ó tres compañías de ópera italiana con su Bellini y Verdi y su Donizetti corrientes, entre tanto que se preparan para en adelante otras tres ó cuatro mas.

Por último, si quisiéramos todavía esplayarnos en revisar y comentar las *ocurrencias* de la Gaceta de la semana anterior, todavía podríamos hacer mención de algun duelo, dos ó tres raptos ó evasiones de doncellas andantes, hasta media docena de suicidios, otra y media de robos y heridas, y como doble cantidad de atropellos, disputas y vapuleos.—Por último, si quisiéramos dejar contristado el ánimo de nuestros lectores con el recuerdo de las muertes naturales ocurridas en esta semana, citaríamos la del conocido capitalista el señor don José Irunciaga, y la del célebre actor jubilado Pedro Cubas, último que quedaba del famoso trío (Antera Baus y Juan Carretero) que con mas acierto llegó á interpretar en nuestros teatros las preciosas producciones de Tirso y de Moreto, de Lope y Calderon.

Y ya que antes hemos indicado los frecuentes suicidios ocurridos en estos dias, queremos participar á nuestros lectores una especie que hemos oido, y de cuya exactitud, sin embargo, no salimos garantos.—Parece que habiendo observado algunos industriales la tendencia ó el favor del público hacia esta especie de distracción inocente, han pensado regularizar este servicio y convertirle en propia especulación, á cuyo fin tratan de fundar un establecimiento donde á todas horas del dia y de la noche podrá el que quiera entrar en la moda de este fantástico desahogo (mediante una módica retribucion) y con la facultad de despacharse á su gusto y escoger aquel género de *anis* mas conforme á sus inclinaciones y manías, para lo cual hallará siempre prevenidos toda suerte de procedimientos mas ó menos cómodos y populares—v. g.—para los que quieran concluir con la posible brevedad, habrá armas y pertrechos de todas clases; cuerdas y garfios, altas torres y azoteas para aquellos que estimen el aire libre, y quieran columpiarse, describir parábolas ó buscar su centro de gravedad; venenos y fósforos para los que quieran liar el petate con acompañamiento de dolores y convulsiones; braseros encendidos para los que prefieran la asfixia; pozos bien surtidos y canales artificiales para los suicidas hidráulicos; y fosos profundos para los que estimen mas el sólido elemento. Por último, para los que busquen una muerte dulce, apacible y narcótica hay prevenidas colecciones completas de la Gaceta; los que intenten probar cómo se muere de fastidio, hallarán abundantes polémicas y discursos de fondo, entresacados de los periódicos políticos; y si hay alguno que quiera morir de risa, tendrá á su disposición los graves folletines del Diario de Madrid.

#### CUESTIONES INTERIORES Y EXTERIORES DE LA REPÚBLICA ARGENTINA: INTERVENCIONES EUROPEAS: SITUACION ACTUAL DE ROSAS.

Hemos manifestado en los anteriores artículos, cuál es el espíritu y las necesidades del sistema de Rosas: ahora vamos á ocuparnos de las cuestiones á que ha dado lugar en América y Europa; cuestiones capitales para el porvenir de aquellos países, y que no pueden resolverse satisfactoriamente, sin que el patriarca de la mas-horca y del sistema americano rojo desaparezca para siempre de la escena política.

La primera cuestion relativa á las provincias argentinas, versa sobre la usurpacion de poderes que Rosas les ha hecho, desconociendo su soberanía y la igualdad de prerogativas y derechos que tienen con Buenos-Aires. En vano las provincias, en diferentes ocasiones, ora por medio de sus delegados, ora apelando á las armas, han procurado reconquistar sus perdidos fueros. Rosas ha contestado á sus justas reclamaciones fusilando á sus emisarios, y también á sus gobernadores (1) no bien caían en sus manos, invadiendo su territorio con fuerzas infinitamente superiores, y llevando todo

(1) Debemos advertir que por la ley fundamental de la república argentina ningun gobernador puede ser juzgado ni sentenciado, sino por un congreso general de diputados de todas las provincias; y sin embargo, el proceso del sucesor de Lopez, don Domingo Cullen, gobernador de Santa-Fé, no contiene mas que la siguiente pieza:

Arroyo del Medio, junio 22 de 1839.

Al Excmo. señor gobernador y capitán general, nuestro ilustrado restaurador de las leyes, brigadier don Juan Manuel Rosas.

Excmo. señor:  
Recibí del teniente coronel graduado, edecan del Excmo. señor

á sangre y fuego (1). El alzamiento de Urquiza de que tanto se habla hoy, no es un hecho aislado y sin antecedentes. Como ha observado con mucha oportunidad *El Clamor*, al rectificar las equivocadas opiniones de *La Esperanza*, ese alzamiento se liga con el de Corrientes, pueblo heroico que en cuatro años ha roto seis veces sus cadenas, y seis veces ha sucumbido, agobiado por el número de sus contrarios; y se liga también y tiene el mismo origen que los posteriores de Córdoba, Tucuman, Salta, Catamarca, La Rioja, San Juan y Mendoza, provincias de la Confederacion argentina.

Así se explica cómo Rosas desde que manda no ha tenido ni tendrá un solo dia de paz: los pueblos oprimidos y vejados, vencidos mil veces, mil veces se rebelarán, porque bajo el despotismo la rebelion es el único recurso que queda al oprimido contra el opresor.

La segunda cuestion es la independencia del Paraguay que el dictador se empeña en no reconocer, á pesar que oficialmente lo fué por la primera junta que se formó en Buenos-Aires (2) y posteriormente lo ha sido por todos los gobiernos menos el suyo. La razon que alega es curiosa, pero pueril é irracional, y no merece una seria refutacion. ¿Cuándo ni cómo España le ha nombrado á él heredero universal de todos sus derechos en aquella parte de América?... El descaro y la insolencia del gaucho solo pueden igualar á su ignorancia. Declare paladinamente que el Paraguay nunca ha fraternizado con su sistema de sangre; diga que quiere impedir á los extranjeros la navegacion del Paraná, y que aquella rica y floreciente república, sepultada en un rincón de América, se opone tenazmente á su propósito, porque la Providencia no le ha abierto otro camino para ponerla en comunicacion con la Europa, lo mismo que á las provincias litorales de la confederacion, que el caudaloso é inmenso Paraná, verdadero mar, que arranca de las montañas auríferas del Brasil y va á desembocar en el Plata, despues de haber fecundizado en su tránsito centenares de leguas y recorrido países tan variados en temperamentos como en producciones; confiese Rosas que no puede consentir en que la industria, las ideas y el movimiento civilizador de la Europa penetren con el comercio en los miserables pueblos sometidos á su yugo, y no busque pretextos fútiles y mezquinos para oprimir con la ley del mas fuerte á un pueblo tan sensato, tan pacífico é industrial como el Paraguay. ¿Por qué si algunos derechos tenia, no los hizo valer mientras vivió el doctor Francia? ¿Y por qué se ha acordado de ellos justamente cuando el Paraguay entraba en una nueva era de paz, de progreso y felicidad?... La razon es clara; el doctor Francia, cuyo elogio á fuer de discípulo agradecido ha hecho el Dictador en su Gaceta, mantenía secuestrado aquel país del trato del mundo civilizado, y los nuevos gobernantes siguen otra marcha muy distinta. Lo suficiente para que Rosas cortase toda comunicacion con el Paraguay (3); prohibiese que nadie, directa ó indirectamente fuera osado á recibir sus frutos ni aun por razon de medicina (4), y por último declarase *salvajes unitarios* á sus naturales.

Conocidos estos antecedentes, volvamos á la razon peregrina que alega para no reconocer su independencia.

«El derecho del gobierno argentino, dice Rosas en su Gaceta del 15 de enero de 1845, es comun á los de América, y de que actualmente están en posesion. Tiene el mismo título sobre los territorios respectivos del uti-possidetis de las secciones ó provincias españolas, antes de la independencia; es de fundacion.»

Y luego en dos difusos y endiablados párrafos que no entendería el mismo Merlin, se empeña en demostrar que siendo Buenos-Aires capital del vireinato español del Rio de la Plata, su gobierno ha heredado todos los derechos de la corona de Castilla, sobre todas las secciones que le correspondian entonces.

Ya hemos dicho que este absurdo no merece los honores de una seria refutacion. Solo es de extrañar que el titulado demócrata, el americano por excelencia, el que grita y hace gritar á todos ¡federacion ó muerte! (y es mas unitario que nadie) reniegue del primer principio proclamado por los emancipadores del nuevo mundo, á saber: que el cautiverio de Fernando VII y la ocupacion de España por los franceses, dejaba á los pueblos de América libres para reasumir el poder supremo y adoptar la nueva forma de gobierno que cada uno creyese mas conveniente á sus necesidades é intereses. Si el Paraguay no puede ser libre, en el mismo caso se encuentran la mayor parte de los Estados americanos, incluso los del Norte; pero el Paraguay sabrá como ellos escribir el acta de su independencia con la punta de sus lanzas en algun campo de batalla, y Rosas ó el que le suceda no tendrá mas remedio que firmarla. Doce mil paraguayos con el fusil al hombro y sable en mano, aguardan hace cinco años que se les dé la señal de pasar la frontera; y hoy, gracias al alzamiento de Urquiza y á la alianza ofensiva y defensiva con el Brasil, van á conseguir lo que tanto anhelaban: marchar sobre Buenos-Aires, á destruir al tigre en su guarida. ¡Dios bendiga sus armas!

La cuestion del Brasil es todavia mas seria y complicada que la del Paraguay. El Brasil tiene un interés directo en la

gobernador y capitán general de la provincia de Córdoba, al reo de lesa-nacion unitario Domingo Cullen; y en virtud de las ordenes de V. E. fué fusilado, habiendo recibido los auxilios espirituales por el señor sacerdote de san Nicolás, don Ramon Gonzalez Lara.

Dios guarde la importantísima vida de V. E. muchos años.

Excmo. señor.—Pedro Ramos.  
Mucho podríamos decir de los asesinatos de los gobernadores Heredia, los Reinafés, Quiroga etc.; pero tendríamos que entrar en largas esplicaciones, y nos basta para nuestro objeto probar con un solo hecho irrecusable lo que afirmamos en el testo.

(1) Véase en el segundo artículo los documentos relativos á Catamarca, Tucuman, Mendoza, etc.

(2) Así aparece del art. V. de la Convencion entre las Esclentísimas juntas gubernativas de Buenos-Aires y del Paraguay, en el que se establece que este es independiente de aquella; y en la Gaceta de B. A. del 3 de octubre de 1811 se encuentra un oficio de la junta gubernativa del Paraguay á los comisarios de la del Rio de la Plata, general don M. Belgrano y doctor don V. A. Echeverría, en el que se dice literalmente:

«La contestacion que VV. SS. nos citan y ha dado á esta junta la Excmo. de Buenos-Aires, corresponde á su carácter de justicia y moderacion, en el reconocimiento de nuestra independencia.»

(3) Decreto del 8 de enero de 1845.

(4) Diario de la tarde de B. A. del 17 de abril de 1845.

independencia de Montevideo. El pretexto que siempre alegó Portugal para justificar sus usurpaciones en nuestro alegó, se fundaba principalmente en que las fronteras territoriales de sus posesiones en América eran el Amazonas y la riva izquierda del Plata. De 1678, época en que se fundó la Colonia del Sacramento por los portugueses, hasta nuestros dias, entrambas coronas se han disputado con las armas en la mano el esclusivo dominio de la Banda oriental, y sus sutropolis.

Pero estaba escrito que los descendientes de los españoles, emancipados, probasen á los de Lusitania que el antiguo brio de sus padres existia tan esforzado é indomable como en los primeros tiempos de la conquista. El poderoso imperio del Brasil que contaba cinco millones de almas, fué vencido por la pequeña provincia cisplatina (1), auxiliada por algunas tropas de Buenos-Aires. El general argentino don Carlos Maria de Alvear batió completamente en *Ituzaingo* el 20 de febrero de 1827 al grande ejército imperial á las ordenes del marqués de Barbacena, y el 27 de agosto de 1828 por mediacion de la Gran Bretaña, se firmó una convencion preliminar de paz cuyo tercer artículo dice terminantemente:

«Ambas altas partes contratantes (*el Brasil y Buenos-Aires*) se obligan á defender la independencia é integridad de la provincia de Montevideo, por el tiempo y en el modo que se ajustare en el tratado definitivo de paz.»

Esta convencion se ratificó y ha sido respetada hasta la elevacion de Rosas al poder; pero han sido necesarios los últimos sucesos, para que el Brasil comprendiese, demasiado tarde, —aunque nunca es tarde para conocer un error, —cuáles eran las intenciones de Rosas al violar ese solemne pacto. El dictador aspira nada menos que á derribar el imperio, ora promoviendo sediciones en las provincias situadas al Norte del Brasil, fronteras con la República del Uruguay, ora declarando en su Gaceta, que la *monarquía es planta exótica y un escándalo en América, y que ya es tiempo que ese Emperador BANANA* (2) *deponga una corona y un cetro carcomidos*. Dueño Rosas de la Banda Oriental, puente colocado por la naturaleza entre las provincias argentinas y el Brasil, la conflagracion de este último seria inevitable. En la tierra brasilera, como en el resto de América, nada se ha arraigado profundamente. Las provincias limítrofes con las nuestras son todas republicanas. Hay en el Brasil veinte negros, mulatos etc. para cada blanco, y el dia que el moderno Atila traspasase victorioso sus fronteras proclamando la libertad de los esclavos, la igualdad de derechos y el comunismo en accion, porque no merece otro nombre el despojo y esterminio de la clase ilustrada y opulenta por la ignorante y miserable (cuyo número es infinitamente superior), el triunfo del sistema rojo seria infalible. El emperador del Brasil, en vista de los atropellos y violencias de que han sido víctimas sus súbditos en el territorio uruguayo ocupado por las tropas del dictador, y de las últimas intenciones de este en varias provincias del imperio, ha comprendido al fin su posicion y se ha decidido á recoger el guante que el audaz gaucho le ha arrojado mil veces á la cara. Las últimas cartas que tenemos de Rio-Janeiro nos aseguran que 20,000 brasileros estaban acampados á principios de mayo en la frontera de Rio-Grande. La lucha, pues, ha debido ya empezar, y será á muerte. No hay transacion posible entre el sombrío despotismo de Rosas y las instituciones eminentemente liberales que rigen en el Brasil, el país de la América del Sud, donde —no vacilamos en decirlo— se goza la mayor suma de libertad. Si el imperio estuviese solo en la contienda, le compadeceríamos de antemano; pero unido á Montevideo, al Paraguay, al Entrerios y á las demas provincias argentinas que irán alternativamente rompiendo sus cadenas, no bien encuentren un punto de apoyo, la victoria coronará su esfuerzo. El imperio para consolidarse necesita conquistar gloria y prestigio, y gloria y prestigio le espera al fin de esta noble y peligrosa cruzada. Juega el todo por el todo, y su enemigo no olvida ni perdona! ¡*Vae Victis!*»

Tras el Brasil vienen la Francia y la Inglaterra: grandes intereses comerciales, tratados existentes, compromisos anteriores y razones de conveniencia propia—prescindiendo de otros motivos de honra y decoro,—mal de su grado las colocan de parte de los enemigos de Rosas.

Los ministros franceses é ingleses, no obstante, se empeñan en desconocer el carácter de la lucha que sostenemos. Sacrifican á mezquinos intereses particulares los grandes intereses de su comercio, de su influencia, y de su buen nombre en aquellos países (3). No hablamos de humanidad: quien transije con Rosas no la conoce.

¡Pobres miopes!... No ven ó no quieren ver que la violacion de los tratados, las tropelias de este y su odio á los extranjeros, son una consecuencia lógica y necesaria de su sistema. El, que nada respeta, no puede consentir que haya dentro de la sociedad indígena esclava, otra sociedad estrangera libre, que goce de prerogativas y derechos, negados á la primera. El contraste es demasiado chocante para no llamar la atencion de todos, para no despertar comparaciones odiosas que redunden en perjuicio de Rosas, y Rosas por carácter y principios no tolera jamás nada que pueda perjudicarle. La única diferencia que hay entre los extranjeros y los hijos del país, es que á los primeros se les mata ó se les

(1) Nombre que dieron los brasileros á la Banda Oriental al incorporarla al imperio en 1823.

(2) Plátano. En el sentido que Rosas le dá es una palabra altamente injuriosa.

(3) Rosas declaró terminantemente que no pagaría los intereses ni el capital del empréstito hecho á la república argentina por algunos banqueros de Londres, y hoy nadie ignora que so o por estos y en obsequio á estos el ministerio inglés se resolvió á abandonar la intervencion en 1847.

En una memoria que tenemos á la vista (*Au nom de 18,000 Français, Appel à la France* etc. Paris 1849) dirigida á Luis Napoleón, en el que se prueba cuanto se dice con documentos auténticos, se encuentra plenamente confirmada esta asercion.

«La casa de Bareng y compañía ha anunciado hace algunos dias que el gobierno de Buenos-Aires pagaría mensualmente 5,000 dolares (mas de 25,000 francos) noticia que fija en la bolsa de Londres un alza de 8 por 100. Por complacer á una casa de comercio particular, para facilitarla los medios de reembolsar sus capitales, no se ha vacilado en sacrificar el comercio, el honor y la dignidad de la Gran Bretaña en el Rio de la Plata!»

despoja con algunas precauciones, y se forma luego causa para averiguar quién ha sido el asesino, ó justificar el robo; pero la suerte de unos y otros es en el fondo idéntica; sus vidas y fortunas penden de una palabra ó de un gesto del *ilustre restaurador de las leyes*. (Así se titula desde que las ha puesto debajo de su asiento.) Ningun extranjero alcanza satisfacción de sus agravios, y pocos, muy pocos, la restitución ó el pago de sus bienes confiscados. Todo lo que cuenta la mercenaria *Presse* y demás periódicos de París *asalariados* por Rosas, es música celestial, farsa y mentira! Aunque él quisiera se encontraría en la imposibilidad de satisfacer todo lo que debe (1). La codicia de sus *condottieros* es insaciable, y no bien cae una víctima, ya se han repartido sus despojos.

La afluencia de extranjeros á Buenos-Aires, á pesar de este estado de cosas, se esplica fácilmente. La población que en Europa se desborda y derrama como el líquido en un vaso, acudia hasta ahora poco á los Estados-Unidos. El aumento excesivo de emigrados ha producido allí casi los mismos inconvenientes que en el viejo mundo. La emigración europea rechazada en el Norte, se ha visto obligada á costear el Sud de América; y como sus costas mal sanas, en general no la inspiran confianza, como en muchas partes las capitales encierran un gran número de individuos pertenecientes á las razas negra, mestiza etc., que se dedican á la explotación de los diversos ramos de la agricultura, la industria y los oficios mecánicos, y las ciudades del interior demandan crecidos gastos para trasportarse á ellas, la emigración se dirige en masa hácia el Rio de la Plata, cuyo inmenso territorio virgen, cuyo fértil suelo y suavísimo clima, *sin igual en el mundo*, al decir de Azara, la brindan con fáciles medios de subsistencia y la seducen por todos conceptos. El que se vé con el dogal al cuello, el que huye del hambre y de la miseria, solo piensa en salir de la situación precaria en que se encuentra, é iria al Japon si en el Japon supiese que le aguardaba la fortuna. La mayor parte de los emigrados, además, son pobres labradores ó artesanos, muy mal informados acerca de las condiciones políticas del país donde van á vivir. Y no obstante, ¿por qué la emigración desde 1836 afluye de preferencia á la rivera izquierda del Plata y huya de la derecha dominada por Rosas? (2) ¿Cómo en pocos años se engrandeció tanto Montevideo que superó á Buenos-Aires en población, en cultura, en comercio, en industria, en riqueza, en importancia política y literaria? (3) Hoy la rica, la floreciente, la envidiada Montevideo, aniquilada por el genio de la destrucción, por Rosas, que envidiaba tanto su prosperidad material, como aborrecía los principios liberales que proclamaba, reducida á una plaza de armas, agoniza en un lento y prolongado martirio, víctima de sus altas convicciones, y esperando apoyada en su bandera, la bandera de la civilización y la libertad, que la Europa ó sus hermanos del continente acudan en su defensa... Entre tanto el sol de cada día alumbraba un nuevo sacrificio: un nuevo rasgo de heroicidad sublime; la flor de sus valientes despedazada por el plomo y el hierro enemigo, cubre con sus pechos, con los miembros palpitantes de sus compañeros muertos á su lado, la brecha que abre en las invictas murallas el cañon de los esclavos. Sus huesos son las piedras y su sangre la argamasa que las une! ¡Mueran Rosas! gritan, y al caer se abrazan á la tierra,

cual si al morir peleando,  
la tierra así abrazando  
quisieran defender. (4)

Mientras á tiro de fusil en el recinto de la heroica ciudad, venerables ancianos, inocentes niños y débiles mugeres, vencidos por la miseria y el dolor, caen y espiran repitiendo también: ¡¡Mueran Rosas!!

¿Qué extraño es que la emigración europea se dirija y se agolpe ahora en Buenos-Aires?... Miopes estadistas que en esta malhadada cuestion del Plata nunca os habeis mostrado á la altura de las grandes naciones cuyos destinos regis, levantad el sitio de Montevideo, tranquilizad el país, dadle un año, nada mas que un año de paz, y veremos entonces adónde se encaminan y cuál ribera prefieren vuestros compatriotas.

Las intervenciones europeas que tanto nos echa en rostro el dictador, prueban hasta la evidencia cuán fundado es nuestro aserto. La marcha indecisa, vaga, contradictoria, de los gabinetes de Saint James y las Tullerías ha servido únicamente para ensoberbecer á Rosas y dar á todos una falsa idea de su poder. Verdad es que la complicación de sucesos en Europa y la torpeza y algo mas (5) de los diplomáticos extranjeros ha contribuido eficazmente á prolongar esta lucha sorda y tenaz entre la civilización y la barbarie, entre el gaucha que no conoce mas ley que su capricho, y los gobiernos legales de Europa y América, que á nombre de sus compatriotas le piden garantías, orden, paz y condiciones de existencia idénticas á las suyas. Rosas, cediendo en apariencia mientras duraba el peligro, ha vuelto á sus ruinas hábitos apenas se veía libre de importunos testigos; y á

(1) «La suma de indemnizaciones debidas y reconocidas por Rosas en el tratado de 1840, y las cantidades reclamadas oficialmente por nuestros agentes diplomáticos, por espoliaciones verificadas solo en el territorio argentino, en los dos años posteriores al tratado, ascienden á mas de VEINTE Y CINCO MILLONES DE FRANCOS.» *Au nom de 18.000 francos etc.* pág. 11.

(2) En 1836 apenas se contaban 3,000 franceses residentes en el Rio de la Plata. En 1842 habia en la ribera izquierda de 18 á 20,000. Desde 1837 hasta fines de 1842, 33,607 emigrados europeos acudieron á fijarse en Montevideo. Entre estos últimos habia 15,801 compatriotas nuestros, pertenecientes casi todos á los departamentos del medio-día, y muy principalmente al de los Bajos Pirineos.—*Memoria cit.* pág. 13.

(3) Antes del sitio se publicaban en Montevideo nueve periódicos políticos; seis nacionales; uno dedicado exclusivamente á los españoles y costeado por ellos; otro francés y otro inglés. Existian, además, dos semanarios de literatura y varias publicaciones mensuales.

(4) Mitre.

(5) El baron de Mackau, negociador en 1840 del ominoso tratado que lleva su nombre, no tuvo empacho en admitir entre otros regalos, una magnífica bajilla de plata, tasada en 50,000 duros, perteneciente al rico comerciante español don Lucas Gonzalez degollado en las calles de Buenos-Aires el 19 de setiembre de 1841; y Mr. H. Mandeville, ministro plenipotenciario de la Gran Bretaña, ha sido durante cinco años el mas íntimo amigo de la hija única del dictador, la nunca bien ponderada Manuelita Rosas.

fuerza de oro, de intrigas y decepciones, se ha burlado siempre de ellos, los ha humillado y puesto en ridiculo. La consecuencia de todo esto ha sido que la Inglaterra, y muy especialmente la Francia, distraidas en la actualidad por atenciones mas graves, se han dejado alucinar por engañosas promesas, y aunque convencidas interiormente de que Rosas es un malvado, se muestran dispuestas á tolerarle hasta que se presente una coyuntura favorable en que puedan sin mengua de su decoro (ó lo que viene á ser lo mismo, sin grandes sacrificios pecuniarios) contribuir á su ruina y apresurarla con sus *buenos oficios*.

Rosas conoce esto perfectamente y sabe que el triunfo de su sistema es incompatible con la preponderancia de los extranjeros. De ahí su tenacidad en resistir á todas sus exigencias, hasta á las mas razonables, só pretexto de que abrigan siempre una segunda intencion fatal al honor y á la independencia americana.

En vano le hemos probado que la Inglaterra y la Francia estan solemnemente obligadas á intervenir en los asuntos del Plata, siempre que peligre la independencia de la república del Uruguay.

Por la mediación y bajo los auspicios de la Gran-Bretaña, el Brasil y Buenos-Aires reconocieron nuestra independencia y se comprometieron á respetarla, y la Inglaterra se reservó el derecho de intervenir siempre que peligrase aquella. Allí están los tratados de 1828; á ellos apelamos.

Por el art. IV del pobrisimo tratado Mackau, la Francia en 1840 exigió y obtuvo de Rosas que respetaria la independencia de nuestro territorio. La república del Uruguay habia prestado á aquella nacion grandes servicios, y por proteger su escuadra y los intereses de sus súbditos, acabó de malquistarse con el dictador.

Ese es el origen de la intervencion anglo-francesa. Estamos en nuestro derecho al invocarla, y no hemos sido traidores á la causa americana, como pretende Rosas. La verdadera causa americana tiene mas puntos de contacto con la Europa civilizada que con la América salvaje: nosotros hemos aceptado la intervencion porque se comprometió á respetar nuestra independencia; si no, la hubiéramos rechazado. Así lo ha declarado antes de ahora de la manera mas explícita y conveniente en todos los periódicos de París, cuando el porvenir de Montevideo estaba en manos de la Francia, nuestro ministro plenipotencio, el ilustre general don Melchor Pacheco y Obes.

Nosotros, es decir, los que Rosas llama unitarios, romperemos á cañonazos, Dios mediante, el frágil dique que se opone á la libre navegacion de los rios interiores, y entonces la república argentina no presentará el triste espectáculo que hoy ofrece. En Buenos-Aires está reconcentrada la ilustración, el comercio y la industria: fuera de allí no hay mas que ruina, ignorancia, retroceso y opresion. A la libre navegacion de los Rios—cuestion vital para la Europa y para nosotros—se une la fundacion de ciudades á sus márgenes, la construccion de caminos de hierro, el establecimiento de fábricas en el interior etc., cosas todas á que el gaucha se opone en nombre de falsos principios y de añejas preocupaciones; cosas todas que los gabinetes de París y Londres le piden, en virtud de concesiones hechas á sus compatriotas en aquellos tiempos gloriosos en que se hizo cuanto nos honra y engrandece, en aquellos tiempos en que los salvajes y traidores unitarios les concedian cuanto anhelaban, promovian la colonizacion, la explotación de minas, la introduccion de nuevos veneros de riqueza, la fundacion de pueblos etc. etc. Euseamos añadir que este solo motivo á falta de otros, acabaria mas tarde ó mas temprano por llevar otra vez á la Europa al Rio de la Plata, si antes los enemigos leales de Rosas, los que no transijen nunca con él, no se encargan—como de costumbre—de evitar á sus generosos y consecuentes protectores la molestia y los gastos del viage.

Vendidos á los extranjeros de Europa, nos llama el dictador, y los extranjeros de Europa nos pagan con ingratitud los sacrificios que hacemos por ellos. Por seguir sus tradiciones, por ampararlos y defenderlos, lo hemos perdido todo.... ¡no importa! Ahora y siempre diremos que fuera de los principios que hoy acatan é invocan los pueblos libres del viejo hemisferio, no hay salvacion para nosotros; y que el grande elemento de estabilidad y progreso que tienen aquellos países, es la emigración europea laboriosa é inteligente. A no ser por ella, la raza blanca habria tal vez desaparecido. El sistema americano hace un horrible consumo de carne humana (1), y entre la Europa y el Africa no puede ser dudosa la eleccion.

Reasumiendo, pues, todo lo dicho la situacion de Rosas es hoy la siguiente:

La Inglaterra y la Francia descontentas de su política y prontas á secundar cualquiera tentativa seria contra él.

Las provincias argentinas aguardando con ansia el momento de vengar sus pasados ultrajes, y de recobrar el rango que les pertenece y el fin constante de todas sus aspiraciones: igualdad de derechos con Buenos-Aires; convocacion de un congreso general compuesto de diputados de todas las provincias para arreglar los asuntos interiores y exteriores de la república. Destruccion del sistema sangriento é irresponsable de Rosas, y anulacion de todos los actos arbitrarios por los cuales se ven hoy reducidas á ser tributarias, esclavas, y en todo dependientes de la capital.

Urquiza al frente de 10,000 hombres, proclama estos principios en Entrerios, y á favor de ellos promueve la tercera cruzada contra Rosas.

Ocho ó diez mil argentinos y orientales proscritos, de los 40 ó 50,000 que vagan errantes por las repúblicas vecinas, se dirigen á las fronteras del Brasil, Chile, Bolivia y Paraguay para unirse al ejército libertador.

Veinte mil brasileños aguerridos, á las órdenes de un general valiente y experimentado, el conde de Caxias, pacificador de Rio-Grande, avanzan en columna cerrada, confiados en la santidad de su causa y seguros de la victoria.

(1) Segun un cómputo formado sobre los partes oficiales, cartas particulares etc. y rebajando una tercera parte, resulta que desde 1830 acá han muerto en acciones de armas y entre envenenados, fusilados y degollados mas de 60,000 personas solo en el Rio de la Plata: guarismo espantoso atendida la escasa poblacion de este que no llega á medio millon.

Con igual ardor y entusiasmo marchan á su encuentro los libres paraguayos, anhelando escribir con la sangre de los sicarios del despota el acta de su independencia.

Al lejano rumor de las salvas triunfales con que estos valientes anuncian su aproximacion, se estremecen los bosques del Uruguay, del Daiman y Rio Negro, y lanzan centenares de guerreros que han estado allí ocultos ocho años, prefiriendo la sociedad de los tigres y serpientes al yugo de Rosas y su procónsul Oribe.

En las erguidas *cuchillas* y en la cumbre de las montañas arden desde la copa á las raíces, árboles seculares, como inmensos candelabros que el genio de la libertad enciende para convocar á sus hijos al combate.

A su ardiente resplandor numerosas *guerrillas* se organizan, y disputan el terreno palmo á palmo á los invasores.

La heroica, la invencible Montevideo cubierta de honrosas cicatrices, ceñida la sien de palmas y laureles inmortales y envuelta en el humo de sus cien cañones que la prestan su voz gigante para dar el parabien á sus hermanos, tremola desde lo alto de la muralla su bandera, y el mundo entero se descubre para saludarla con respeto y admiracion!...

La espada de Damocles está pendiente sobre la cabeza del dictador... union y perseverancia es lo único que se necesita para acabar con él: la mina está preparada debajo del edificio de su tiranía; solo falta una mano vigorosa y firme que reuna en una sola haz las haces distintas que brillan por todas partes y las sacuda sobre el dormido cráter... El hombre á quien la Providencia parece haber confiado esta grande y patriótica mision es, ¡impenetrables juicios del Altísimo! es el general don Justo José Urquiza, el mas intrépido é inteligente de los pocos hombres de corazon que ligados por compromisos anteriores han seguido las banderas del tirano. El pondrá fuego á la mina, y ¡ójala su estallido sea tan violento, tan intensas las llamas, que ni siquiera nos dejen el polvo de los huesos de Rosas!...

Madrid agosto de 1851.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

#### EL LADRON.

Si es *ladron* todo aquel que toma lo que no le pertenece, mal haya si conozco un hombre de bien en el mundo que no merezca ese epíteto.

Entiéndase que cuando hablo de hombres de bien, no quiero hablar ni de proveedores, ni de escribanos, ni de sastres, ni de procuradores, ni de mayordomos, gentes todas que son mas ó menos el blanco de la pública murmuracion (injustamente); sino de los hombres de bien, mas hombres de bien, del honradísimo empleado, del religioso guarda, de lo mas honrado en fin que hay en la sociedad.

¿Qué hombre de bien no ha infringido siquiera una vez en su vida el séptimo precepto? ¿Quién, si le dieron un duro falso, no le pasa al vecino? ¿Qué tendero no vendió húmeda la sal? ¿Quién al pasar por una viña no arrancó un racimo? Tú, empleado ¿por qué escribes á tu familia en papel de la oficina? ¿por qué enseñas á escribir á tus hijos con plumas del estado? ¿por qué hacen flores tus hijas con las obleas del gobierno? ¿por qué te vas á paseo, por qué te finges malo mientras que te corre el sueldo? Eres un ladron.

Y tú, fiel guarda, que estás en ese soto para impedir el robo, ¿por qué cortas una vara para tu hijo, por qué cazas una sola liebre para tu familia? Eres un ladron que prendes ladrones.

¿Con que lo somos todos! El mundo no es mas que una grande asociacion de ladrones; ladrones decentes, ladrones vulgares. Esa es la única diferencia. En este pícaro suelo de preocupaciones no es crimen el robo sino en cuanto es robo de necesidad; que quien roba por pasatiempo y por gusto, nada tiene que temer. Así que el gran problema para prosperar es este, robar uno mas que le roban. La balanza de comercio y la prosperidad de los particulares y de las naciones ser educe definitivamente á ese importante axioma.

Desconfiemos pues de todos, y especialmente desconfiemos de los hombres de bien: los hombres de bien son los ladrones decentes; con esos no hay querellas, no hay tribunales, no hay restitucion.

Por tanto no dejeis nunca á un hombre de bien solo en vuestro jardin, porque se comerá vuestras frutas y cogerá vuestras flores.

No le confieis jamás vuestra muger, especialmente si es bonita; los hombres de bien la acen á todo.

No le presteis un libro jamás si gusta de leer; se le olvidará volverle.

Si gusta de escribir, nunca solteis en su presencia una idea de valor, porque la vereis impresa al dia siguiente con su nombre.

Y estimadlo sin embargo, porque es lo que se llama todo un hombre de bien; nunca le vereis en la cárcel ni en presidio. Pero roba, porque robar es su naturaleza, porque robar para él es vivir.

¿Tienes hambre? ¿Robas á uno solo una sola peseta esponiendo tu vida? Morirás ahorcado, infamado.

¿No lo necesitas, robas sin embargo millones á una nacion entera sin esponerte á riesgo alguno? Vivirás rico y respetado. ¿Qué injusta diferencia! Es la que hay sin embargo entre Alejandro y José Maria. Entre un alto funcionario y un miserable salteador. Habia una ley en Esparta por la cual no se castigaba el robo, sino solo la torpeza del que no sabia robar. Muchas veces han citado los moralistas esta ley como una estrañeza de aquella legislacion, como una rara divergencia de nuestros actuales usos. Yo confieso que no encuentro la diferencia. En nada hemos variado despues de tantos siglos. Tampoco en nuestra sociedad se ahorca á mas ladrones que á los que se dejan coger. Los que no se cogen no se ahorcan. Sigue pues en su vigor entre nosotros la ley de Esparta.

Lo repetimos, robar es vivir, y roba el ladron porque roban todos: yo mismo que estoy hablando robo este artículo que escribo, no sé dónde, ni á quién.

(Le volear.)



Doncella de casa distinguida.

—Si yo fuera señor cuánto os querría.  
—Sí, pero no suis mas que ayuda de cámara.



Criada de una familia de la clase media.

—Si encuentras á la señora, ten cuidado de que no te la vea; si encuentras al señor no importa.



Criada de muger de mundo.

—¡Oh! señora, bien dicen que Paris es el paraiso de las mugeres; yo sin embargo todavia soy muger, pero ya no estoy en el paraiso.



Criado de todo el mundo.

—A vuestro servicio, señorito.  
—Qué diablo de sirviente, en todas partes le encuentro.

de p



—Un poco de paciencia, vereis como va sacando el parecido.



—Caballero, habiendo oido ponderar vuestro talento vengo á encargaros un cuadro.  
 —Es usted protectora de las artes.  
 —Soy muger inteligente.



—Mira, Rafaela, ya que no tienes caballete, pide á aquel caballero que tenga la bondad de prestarse á hacer sus veces.



La fiesta de mamá.  
 —Vengo á ofreceros este día, mi querida mamá, el fruto de mi aplicacion.  
 —Cielos, qué horror, es un hombre hecho y derecho.

## LA MUGER BAROMETRO,

POR

Javier B. Saint-Antoine.

(Conclusion.)

Eduardo, que aguardaba en pié, en medio del pabellon de emparrados, el momento de declararse, al oír el nombre de Carlos, esperó una conmoción repentina, como si la tierra hubiese temblado bajo sus pies.

—Sí, Carlos de Beaupré... Se llama Carlos, continuó la narradora.

—¡Carlos! pareció murmurar á su lado un eco lastimero. —Por cuanto á mí, este nombre no me parece mas bonito que otro; pero lo cierto es que nada mas necesitó para cambiar la disposición de la señorita con respecto al caballero.

Creyó que podía ser muy bien su predestinado, y observándole entonces con una atención mas indulgente, notó que su persona no carecía de atractivos; que á pesar del movimiento harto notable de sus ojos, tenía el alma en su voz cuando cantaba; que vestía bien, tenía modales distinguidos, y que sabía elegir admirablemente sus corbatas y sus joyas. ¿Qué queréis en fin que os diga? Le amó, ó á lo menos creyó amarle, y todo esto á causa de su nombre. Es poco lo que hace falta para trastornar la cabeza de una jóven: vos debéis saberlo, añadió dirigiéndose á Eduardo; con vuestras lindas lecciones de astronomía y vuestro *corazon de Carlos* quedais debidamente convencido de ser el principal culpable en este negocio.

Y la digna señora, sin sospechar ni remotamente que habia clavado un puñal en el corazon de nuestro enamorado, soltó una corta y estraña risotada.

Eduardo no podía sufrir ya por mas tiempo su posicion vertical, pues se le doblaban visiblemente las rodillas. Pálido, enhiesto, abrumado por una violenta conmoción, volvió á ocupar su puesto en el banco del pabellon, despues de haber echado una mirada de basilisco á la buena é inofensiva viuda. Tomé yo entonces la palabra para tratar de reanimarlo.

—Si la señorita Jenny tenia en el corazon un amor dichoso y no contrariado, ¿por qué manifestó poco há el deseo de hacerse monja?

—¡Cah! eso no fué mas que niñada. Jenny habia ido á ver á su madrina que estaba en Picpus, y puede ser que hubiesen producido en ella una viva impresion la tranquilidad del lugar, la soledad, y quizá tambien el trage de las jóvenes novicias. La música sagrada, sobre todo, siempre la conmueve extraordinariamente. Mi hija, la señora de Neufville, que me ha contado la historia, está persuadida de que el órgano ha representado el principal papel en esta grande resolución. Pero la loca de mi nieta renunció al claustro desde el momento en que oyó tocar el primer vals.

—En todo caso, proseguí con cierto empeño, el deseo aunque fugitivo de retirarse del mundo, prueba que la pasión que le inspiró el señor de Beaupré no era muy seria.

Eduardo, herido sin duda por la precision y la fuerza de esta observacion, levantó la cabeza, acercóse á nosotros y articuló involuntariamente esta palabra: «¡Seguramente!»

La turbacion de su espíritu no le permitió proferir mas palabras que esta exclamacion.

—Por otra parte, añadí yo, ese rompimiento tan súbito, esa libertad dada y aceptada por una y otra parte con tanta facilidad, bastan muy bien para probar la tierna reciprocidad de su indiferencia.

—No habeis caído en la cuenta, amigo mio; estais lejos de conocer el carácter de la muchacha. Yo misma, que la he criado, por decirlo así, y que he sido para ella lo que pudiera ser su misma madre, apenas puedo decir que la comprendo. Acaba de explicarme muy por menor las causas de ese rompimiento, y á decir verdad no las entiendo aun completamente; mas vos que sois tan sabio tendreis acaso mas fortuna que yo.

Hé aqui, pues, lo que nos contó; y yo que soy un sábio, mi amigo Maricourt, he sacado de lo que nos dijo las inducciones psicológicas, que luego os manifestaré. Pero sigamos el órden lógico sin confundir el principio con el fin, lo cual solo es permitido hablando de la eternidad, cuyo emblema es una serpiente que se muerde la cola.

Mr. Charles Beaupré, que deseaba conservar las ventajas adquiridas, verificó su entrada en Neuville con corbata resplandeciente, botas de charol, guantes finísimos, lente, pelo rizado, etc., etc., en una palabra, su trage era el de un verdadero conquistador. El primer día cambió tres veces de vestido, con grande asombro del coronel, en cuyo trage casi nunca se notaba mas variedad que el llevar las solapas abiertas ó abotonadas, y del vecino Jolivet que al día siguiente se habia creído obligado á presentarse con medias de seda y zapatos de hebilla de oro, que cayeron en desuso hace ya mas de quince años.

Jenny, llevada de su instinto de artista, se figuró que aquellos adornos que sentaban muy bien á Mr. Beaupré en un salon de París, eran menos adaptables para el campo, y así se lo hizo comprender. El bueno del jóven, por condescendencia, tuvo que ponerse la chaqueta de dril, un pantalón sin trabillas, zapatos abotonados, una corbata á la marinera y un sombrero de paja con ala de paraguas. Jenny le dirigió una graciosa sonrisa en premio de su sumision, aunque quizá no le pareció menos bien con aquella vestimenta.

Disfrazado de labriego, como él decia, quiso representar hasta el fin su papel de Corydon. No pudiendo presentar á su amada un ramillete de la florista Prévost, se dió el trabajo de componer uno por su propia mano; mas como entendia poquísimo de horticultura, mezcló con las flores del jardin flores de borraja y de achicoria silvestre. Esta singular mescolanza hizo reír mucho á la señorita á costa suya, y él se rió tambien con ella, notando sin embargo que la alegría se prolongaba demasiado.

Visitaron juntos los helines de la vaquería, cuyo olor desagradó bastante á Mr. Beaupré, que no cesó de aplicar á las narices su frasquillo de esencia durante la visita. Habia para él algo de antipático en el olor del heno.

Tampoco le gustaba pasearse debajo los árboles á causa

de los saltones, y rehusaba sentarse en la yerba por el profundo horror que le causaban las orugas.

Se propuso delante de él una excursion á lo alto de la colina inmediata para ver cómo se ponía el sol, y manifestó el inconveniente del sereno.

Jenny empezó entonces á preguntarse á sí misma qué es lo que podría hacer durante el verano con semejante marido.

Por su parte Beaupré, que no se complacia mucho en el campo, luego que hubo arreglado las condiciones del contrato con la familia de la novia, resolvió, para salir inmediatamente del paso, hacer lo mas pronto posible su declaracion en forma á la muchacha.

Vió una mañana que Jenny se paseaba sola entre las matas del jardin inmediato á las ventanas del salon, y le pareció favorable aquel momento, en lo cual se engañó. Jenny habia dormido mal aquel día. El aire estaba electrizado bajo la influencia de alguna tempestad lejana; el barómetro habia bajado, y la señora Bouron nos dijo, entre dos paréntesis, que el humor de su nieta seguia siempre el movimiento descendente del barómetro.

No paseis por alto esta circunstancia, Maricourt. Para mí fué una verdadera revelacion.

Tenemos, pues, á nuestro hombre decidido á hacer su tierna declaracion, aunque por otra parte algo confuso y embarazado; porque los cantores de romances no conciben que se pueda decir á una muger: «¡Yo os amo! ¡yo os adoro!» sin el acompañamiento obligado del piano.

Para avivar su imaginacion, al llegar al lado de Jenny se informó del estado de su salud, de cómo habia pasado la noche, y le hizo otras varias preguntas que llevaba preparadas. Seguian ambos por una calle del jardin á lo largo de una hilera de claveles alejandrinos, medio echados sobre el camino por el rocío de la mañana, y Jenny se acercó á su acompañante teniendo pisar sus lindos claveles, flor para ella nueva y muy estimada, y cuyos botones apenas estaban aun entreabiertos.

Beaupré interpretó el movimiento de Jenny en el sentido de una atraccion natural hacia el objeto amado. El momento era favorable, pero no se le habia ocurrido aun el exordio de su declaracion. Llamó á juicio todas sus potencias para encontrarlo, y al paso que caminaba absorto en este pensamiento y devanándose los sesos, tiraba hacia sí las hojas de las matas de iris de toda clase que podia alcanzar con la mano, y las descabezaba y deshacia.

Jenny, que estaba ya predispuesta á enojarse por la influencia atmosférica, al ver aquella mutilacion bastante comun entre los naturales de París, no pudo contener su indignacion, y cuando su balbuciente amante empezaba á entrar en materia, le interrumpió diciéndole con voz precipitada y áspera:

—¡Queréis callaros! ¡Vaya un disparate! y pasó inmediatamente al lado de sus iris para protegerlos.

Ya fuese porque comprendió mal el sentido del apóstrofe, ó porque al fin habia encontrado su exordio y no quiso esponerse á perderlo, continuó su glosario Mr. Beaupré, habló de un porvenir cercano de oro y azul con que soñaba, de la audacia de sus pretensiones, y de sus tiernas esperanzas que una sola palabra podia convertir en certidumbre. Al decir esto, observaba sin cesar el semblante de Jenny, y fué grande su satisfaccion al ver que se turbaba, que se encendía el rostro y que bajaba la cabeza. Seguro ya de su ventura, su voz y su fisonomía se inflamaron, y su espresion y su elocuencia eran cada vez mas apasionadas, cuando en esto se detiene de repente Jenny y le dice en voz alta y desairada:

—¡Pues señor! ¡está visto que sois insoportable!

El galante orador, enardecido y gesticulando para dar fuerza á la espresion, acababa de pisotear las pobres flores tendidas por la carrera. El destrozó era general en toda la línea; y de aquí el grito de alarma y de indignacion lanzado por Jenny.

Cuando el futuro esperaba oír un

¡Tu voz en mi pecho  
Resuena amorosa;  
Viviré dichosa  
Dueña de tu amor!

se sintió herido en lo mas vivo de su vanidad por un apóstrofe tan inesperado, y dando un respingo con aire torbo y cejijunto, le replicó:

—¡Señorita! ¡con que así escuchais la espresion de mis sentimientos!

—¡Qué sentimientos ni qué naranjas chinas! ¡Lo que yo siento son mis pobres claveles!

—¿Es ese el premio de la pasion mas ardiente y pura?

—¡Ay! ¡flores de mi alma!

—Os juro que no soy hombre para sufrir ese desden.

—¿Pero no veis que vais pisando las flores?

—¡Qué flores ni qué demonios!

—¡Caballero!

—¡Sois una coqueta!... sí, una coqueta!...

—Y vos mas torpe que un patán.

—¡Muy bien! Ya comprendo: lo que debo de hacer es alejarme de aquí.

—Como gustéis.

—¡Adios entonces, señorita!... Adios para siempre. ¿Lo oís?...

Y repitió tres veces el *para siempre*, siguiendo la fatal costumbre de los romances.

No fué otro el motivo de la salida precipitada del galán, del desmayo de la princesa, de las roncas de la tia, de la intervencion de la abuela y del furor estrepitoso del coronel, padre de la novia, contra el que habia osado inferir á su hija semejante afrenta.

Aquí teneis, mi amigo Maricourt, la historia completa de este singular rompimiento, no precisamente como nos la refirió la buena señora, sino tal como he podido interpretarlo yo mismo, que me precio de conocer hoy á fondo todos los personajes del drama y el efecto y la causa de los sucesos.

—¡Riñas de enamorados! todo se arreglará á pedir de boca. Hé aqui cómo terminó su narracion la viuda cuando nos dejó para acompañar á la convaleciente.

Eduardo, como todos los hombres de imaginacion viva y de juicio inexacto, nunca hace mas que pasar de un exceso á otro, y deja siempre sin reconocer los esp. cios intermedios el mundo podia estar mas seguro que él de inspirar un amor acendrado, vehemente y duradero.

Algunas palabras de la señora Bouron habian bastado para precipitarlo desde la cumbre de su orgullosa certidumbre hasta el fondo del mas completo desaliento; y al querer volver él tan frecuentadas y conocidas.

La duda, que es la mitad del camino de la verdad, era bastante calma el fin de la narracion; y luego que nos dejó nuestra huésped, dijo:

—Posible es que la señorita Bouron haya dado su preferencia este invierno á ese mentecato. Si me ha olvidado, ¿deberé quejarme de ella, ó de mí mismo? Debí quizá haber seguido una correspondencia con ella... Pero este es un escrito que no cabe duda es de que fué despedido un pretendiente pretesto mas bien que la causa del rompimiento; y ademas el espero tener pronto una conversacion con ella.

A eso de las doce del día volvió á presentarse Jenny en el salon, sin que se notasen en su semblante señales de la enfermedad ni de la emociion de la víspera. Al verla tan fresca y serena, concibió Eduardo nuevas esperanzas.

—Todo esto no pasa de una broma, dijo para sí.

Y al ver que se sonreía al saludarle, desvaneciéronse todas sus sospechas, y una brillante aureola rodeó su frente.

Ofrecióle Eduardo el brazo en un paseo que dió la familia en el parque; mas cuando regresaron, su rostro parecia de mármol y sus pasos eran inciertos y vacilantes. Subió á su cuarto á donde le seguí, y echándose entonces en mis brazos, empezó á dar mas señales de indignacion que de dolor.

—Esa mujer, me dijo, es un monstruo de doblez; ha roto el juramento que me habia hecho, con un aire tan sereno y determinado, con un semblante tan estudiado, con una compasion tan dulce y almibarada por lo que llama mi locura, que por poco mas llego á dudar de mí mismo. Traté de conmover su corazon recordándole nuestros paseos, nuestras lecturas y nuestra mútua confianza; pero fué tal su aire de altivez y de dignidad, que me infundió respeto.

—¡Y el corazon de Carlos!... exclamé yo por fin.

—Me acuerdo muy bien de esa circunstancia, me contestó; pero os llamais Eduardo... y Mr. Beaupré es quien se llama Carlos.

—¿Qué te parece, Cipriano? añadió cruzando los brazos con furor, y dando á su voz un timbre sepulcral de que no le creia capaz. ¿No es esa mujer el tipo mas perfecto del estímulo y de la falsedad?

Iba á contestarle para calmar su exaltacion, cuando cambiando repentinamente de tono y cortándome la palabra, me dijo:

—¿Quieres venir al Havre conmigo? Nos embarcaremos en Caen.

Vi desde luego que intentaba distraerse emprendiendo un viaje largo, y acepté la invitacion esperando que el paseo seria un auxiliar poderoso.

No fué necesario mucho tiempo para preparar nuestros baules. Desde ayer estamos en el Havre, en el hotel de España, cuya huésped es encantadora. Durante la travesía, Eduardo, sombrío é inmóvil como el héroe de Homero, miraba llorando al vasto mar. Hoy noierte ya una sola lágrima, y le gusta ver bailar las marsoplas al extremo del muelle, y recoger en la playa guijarros de diferente forma y colores.

Vamos ahora, querido Maricourt, á las esplicaciones fisiológicas que os he prometido sobre Jenny.

Sois tres los que la habeis amado, y cada uno de vosotros se ha despedido de ella con un apóstrofe diferente.

A los ojos del señor de Beaupré, es una coqueta.

A los de Eduardo, una mujer falsa y disimulada.

A los vuestros, una jóven antojadiza y caprichuda.

Contesto al señor de Beaupré, que no es coqueta: Las verdaderas coquetas se dan trazas mas firmes y regulares; pues la coquetería es una ciencia como la táctica, y la persona de quien se trata obedece demasiado bien á sus primeros impulsos, sin cálculo y sin premeditacion, para que se le tenga por artificiosa.

Por lo que toca á lo de mujer falsa, he contestado ya de antemano en las ideas emitidas mas arriba.

Lleguemos, pues, á la acusacion tercera que es la vuestra. En primer lugar, ¿qué cosa es una mujer antojadiza y caprichuda?

Esta demostracion se aplica ó debe aplicarse especialmente á la mujer cuyas ideas instanciales varian por su propia movilidad. Su pensamiento, que no puede ser de larga duracion, se transforma sin cesar, porque el deseo no tiene fuerza, porque la voluntad tropieza perpetuamente y porque la conviccion no existe. Tanto mas ha codiciado una cosa, cuanto mas la desdeña cuando la posee, y tal vez desde que la espera; su deseo se ha gastado en buscarla, y este trastorno, esta rotacion de apetitos y voluntades diferentes se ejecutan en su mente, casi sin saberlo ella, y sin que los acontecimientos hayan sufrido alteracion alguna en torno suyo.

En nuestro caso, por el contrario, casi todo viene de afuera. Colocada en circunstancias idénticas, en un centro invariable, bajo la presion de las mismas influencias físicas, la señorita Bouron conservaria sin duda una perfecta igualdad de humor y carácter.

A la multitud de personas superficiales que la han encontrado únicamente en un salon de París, ha debido dejar de sí la idea de una jóven elegante, distinguida, de buena presencia, y de lenguaje comedido aunque algo amanerado.

Para los que la han visto en medio de sus flores y de sus aves, es una jóven buena y sencilla, pues ante todo sufre la influencia de los objetos que la rodean y de los vestidos que lleva. ¿La media oscuridad de una iglesia y los sonidos del órgano no han bastado para inspirarle rebatos momentáneos de exaltacion religiosa? Pero poco antes, la monja futura se mostraba festiva y provocadora en medio de los vapores embriagadores de un baile de máscaras, como lo ha experimentado á su costa un filósofo amigo mio. Habla la gerigonza de los

labriegos,  
meche con  
esivamente  
necesita p  
ro, ó un  
tempestad  
estalla la  
espíritu a  
de cristal  
coprichud  
Si, la  
ministra  
una muger  
posee ú  
Apr  
combinar  
atmosféric  
animad  
La tre  
ces estan  
lin acaba  
de raya.  
cies de pe  
muna? ¿  
este estr  
y mas im  
A mi  
dicado re  
no han en  
nimo de  
es á Mr.  
su gran t  
cuido en  
de la mu  
nos harán  
Acaba  
capaces c  
biendo, y  
barómetro  
añal, pen  
teoría, qu  
suyo.  
—¡Pue  
el capric  
Tales fue  
en este c  
creas, Ci  
injusto d  
pronto m  
ría en qu  
—Si, l  
como Be  
ejercian u  
Pero tod  
y la suya  
que eres  
de dos tí  
en el inv  
No ha  
de rojas  
lado del  
cruzaba  
nalmen  
que mas  
de utili  
pente co  
líneas.  
—Cás  
dientes;  
oidos. E  
Eduardo  
mi sist  
Adios  
mañana

Fis

Sirva  
ratoria p  
servacio  
nstituci  
Hasta  
le nombr  
que estu  
gado po  
La gran  
lado de l  
y de otr  
bellos m  
genio so  
illa de l  
converti  
doro que  
radizo,  
ro How  
grata pa  
miento i  
critos d  
cuenta a  
pa, la  
los ilustr  
de enero  
mar el  
fuese su

brillos, canta por la mañana con los pájaros, y llora por la noche con el rocío. El sol, la luna y las estrellas ejercen su influencia en ella su diferente atracción. ¿Qué es lo que se necesita para entristecerla ó alegrarla? El ir de un punto á otro, ó una revolución atmosférica. Basta que amenace una tempestad para que la sangre se concentre en su corazón; cuando la tempestad, la atmósfera se purifica, la sangre y el espíritu abatido vuelven á subir como el mercurio en el tubo de cristal, porque Jenny no es ni la mujer falsa, ni la muger caprichuda; esta vez otra cosa peor: ¡es la *mujer barómetro!* Si la mujer barómetro, y adopto esta espresion que me ha suministrado su misma abuela; la muger barómetro, es decir, una mujer esencialmente susceptible, pero que en realidad posee únicamente la sensibilidad física.

Aprovechándose de este primer descubrimiento, podría combinarse en una larga teoría las influencias de la gravedad atmosférica con el elemento magnético inherente de los seres animados.

La tremeilga, las anguilas de Surinam, y otros varios peces están provistos de aparatos eléctricos; y el sabio Mr. Roebuck acaba de descubrir una calidad análoga en cierta especie de raya. ¿Y existirá solamente este órgano en algunas especies de rayas? ¿Carecerá enteramente de él la especie humana? No podría también estar dotado por la naturaleza de este extraño privilegio el sexo más débil, más impresionable y más impregnado de fluido nervioso?

A mi modo de ver, se puede afirmar que el principio indicado reside en el bazo, órgano para el cual los anatomistas no han encontrado hasta el día un empleo satisfactorio, y hago intento de comunicar antes de mucho tiempo mis observaciones á Mr. Paraday, que seguramente no habrá completado su gran trabajo sobre la electricidad hasta que nos haya iniciado en los misterios del polo positivo y del polo negativo de la mujer. La señorita Bouron y mis propias observaciones harán dar á la ciencia un paso agigantado.

Acaba de entrar Eduardo por una colección de guijarros capaces de romper el bolsillo de un paletó. Me hallé escribiendo, y no he podido menos de leer mi descripción de la mujer barómetro. Sonrióse desde luego, lo que me pareció buena señal, pero sin dar muestras de reconocer la excelencia de mi teoría, que sin embargo muy pronto debía adoptar á pesar mío.

—Puede someterse el carácter de las mujeres, es decir, el capricho, á un análisis ó á una apreciación cualquiera? Tales fueron sus primeras palabras. La regla faltará siempre en este caso, porque no obran con arreglo á una razón. No creas, Cipriano, que me dejo llevar en este momento de un injusto despecho, porque estoy tranquilo, veo muy claro, y pronto me olvidaré de lo pasado. Sin embargo, insisto todavía en que Jenny me ha amado.

—Si, le dije interrumpiéndole, tú fuiste su amor campesino, como Beaupré su amor parisiense, potencias magnéticas que ejercían una influencia que produjeron una reacción contraria. Pero todo ha redundado en bien, pues si por tu desgracia y la suya te hubieses casado con ella, tú, pobre amigo mío, que eres tan distraído, que no entiendes una jota de valeses de dos tiempos ni de canciones y romanzas... ¿qué haría Jenny en el invierno de semejante marido?

No había cesado aun de hablar, cuando un denso celaje de rojas y negras nubes cubrió de repente el horizonte por el lado del mar, dejando en la oscuridad el cuarto que Eduardo cruzaba á largos pasos del uno al otro lado. Acercóse maquinalmente á un barómetro viejo y redondo con cuadro dorado, que mas bien serviría como mueble de lujo que instrumento de utilidad. Tocólo con el dedo, y la aguja respondió de repente con una amenaza de tempestad descendiendo dos líneas.

—Cáspita! y qué diabólica debe estar hoy! murmuró entre dientes; pero no tan bajo que su voz dejase de llegar á mis oídos. Era este murmullo la primera exclamación de la fé, y Eduardo acababa de manifestarse creyente! Qué triunfo para mi sistema!

Adios, querido Maricourt. Pronto nos veremos, porque mañana tomaremos el camino de hierro.

FIN.

**Fisonomía de las cárceles en Londres.**

Newgate y Clerkenwell.

(Continuacion.)

Sirvanos de prólogo instructivo y de advertencia preparatoria para nuestra primera visita á Newgate, algunas observaciones sobre el estado de la opinion con respecto á las instituciones penales en Inglaterra.

Hasta ahora hemos encabezado siempre con el respetable nombre de Howard la lista de los animosos filántropos, que estudiando de cerca las cárceles y los presos, han abogado por la causa de la humanidad abatida y descariada. La grande obra que este hombre ilustre publicó sobre el estado de los establecimientos correccionales del Reino Unido y de otros países, subsistirá, en efecto, como uno de esos bellos monumentos erigidos por la poderosa energía de un genio solo, y prolongará el recuerdo de sus virtudes mas allá de la época en que la destructora mano del tiempo haya convertido en polvo sus estatuas de mármol. El papel es mas duro que la piedra y que el bronce, y nuestro alfabeto que Howard no fué el primero que holló aquella senda tan grata para sus pensamientos y su alma; pues un descubrimiento interesante y reciente entre los empolvados manuscritos de la *Sociedad para la propagacion del Cristianismo*, prueba que á principios del siglo diez y ocho, mas de cincuenta años antes que Howard emprendiese su laboriosa tarea, la cuestion penitenciaria ocupaba ya ardientemente á los ilustrados miembros de aquella sociedad. Desde el mes de enero de 1701 se instituyó una junta con objeto de examinar el estado de Newgate y de indicar las reformas de que fuese susceptible. La junta encontró allí los vicios y las in-

famias que todavía se encierran en aquel antro de ignominia; observó la misma inmoralidad, la misma degradacion en los carceleros y dependientes, la participacion voluntaria de estos en los desórdenes de los presos, el excesivo abuso del vino, aguardiente y toda clase de bebidas espirituosas, permitido aun á los criminales mas perversos; oyó las horrosas blasfemias de todas aquellas bocas inmundas; vió correr los dados de una mano en otra entre los ébrios jugadores; vió á los profesores del crimen inocular sistemáticamente sus vicios en los inexpertos neófitos; últimamente, presencié aquellas saturnales del infierno, aquellas orgias en que el vino corre á veces al par de la sangre, en que las palabras torpes y obscenas no respetan ni al cielo ni á la tierra, y en que los ojos chispean y los puños se cruzan como en la fiel pintura con que principia el libro de M. Adsllead, titulado *cárceles y presos*.

La junta ofreció algun alivio á los que parecían mas dignos de recibirlo, y les dió libros y tratados de lectura moral y religiosa. Visitó tambien á Marshalsea, y dió un informe severo sobre el envilecimiento físico y moral de los encarcerados. El doctor Bray, uno de los individuos de dicha junta, pintó con coloridos fuertes los escándalos de Newgate, reclamó enérgicamente la atencion de los magistrados de la Cité; pero se desoyó su voz, y las cosas continuaron en el mismo estado: de aquí debemos forzosamente deducir, que desanimada aquella benéfica sociedad, suspendió sus generosos esfuerzos, pues no ha quedado recuerdo alguno de su existencia posterior en Inglaterra. Sin embargo, veinte ó veinte y cinco años despues, llegaron á tal grado de impudencia los desórdenes en las cárceles inglesas, que la opinion pública no pudo menos de indignarse; entonces se decidió el nombramiento de una junta para dirigir una inspeccion formal parlamentaria. La inspeccion principió por Marshalsea y la Flotte, y desde el primer paso empezaron á salir á luz tal número de horrores, costumbres tan depravadas, abusos tan inicuos é inveterados, que la junta creyó de su deber dar cuenta inmediatamente al parlamento; así que, sin dar tiempo á terminar la inspeccion, empezó su informe, aumentándolo todos los dias con nuevas revelaciones, y pidió la reforma de aquellos abusos. Difícilmente puede la imaginacion crear un solo crimen, un solo delito vergonzoso que no figure en la lista de las acusaciones dirigidas contra los alcaldes y carceleros, desde el perjurio y la concusion, hasta las ejecuciones de muerte por medio del martirio. Apenas terminó la lectura del discurso en sesion solemne y en medio de la indignacion universal, el parlamento pidió autorizacion al rey para imponer á los culpables un castigo rigoroso; pues se trataba nada menos que de vengar, con un ejemplo terrible, la magestad de la ley, tanto tiempo y tan inicuamente violada.

Cumplióse los deseos del parlamento; pero, segun parece, no han resultado grandes ventajas.

Se mudaron los empleados; mejoró un poco la administracion; pero la tendencia fué siempre la misma, y las tradiciones del gobierno interior se conservaron fiel y estrictamente. Los presos siguieron, como antes, siendo víctimas de las mismas violencias, y del capricho y antojo de los carceleros! No obstante, algun resultado tuvieron los esfuerzos de la junta inspectora, y fué el de llamar la atencion del pais hácia un asunto de tanta trascendencia, y desde entonces no se volvieron á ver aquellos ejemplos de calculada tiranía y de crueldad sistemática, tan frecuente poco tiempo antes.

En los cincuenta años que siguieron, ocupada casi exclusivamente la atencion general con las convulsiones políticas de Europa, desatendió la cuestion penal, necesitándose toda la perseverancia y la infatigable abnegacion de Howard, para poner la discusion á la órden del día. A este hombre corresponde el mérito de la iniciativa, verdaderamente fecunda en las reformas que se ensayan en el día; á él es á quien cabe el honor de haber parado con sus vigilias, con sus penosas peregrinaciones, con sus padecimientos y con su muerte, la obra regeneradora. El fué el primero que dió la señal de las reformas y que indicó los medios que debían emplearse. Ni las preocupaciones, ni la antipatia de altas ó bajas regiones, pudieron detenerlo, y ayudado poderosamente por el ilustre Mr. Blackstone, arrastró al mismo gobierno, antes indiferente ó hostil, por la via que le trazaban sus esperanzas. Cuando él murió, ya estaba dado el impulso, ya empezaba á descorrerse el tupido velo que hasta entonces habia ocultado los misterios sombríos de las cárceles. Se formó un partido, que pudiera llamarse de los *missi dominici* de la filantropía práctica, dirigido por Buxton é Isabel Fry; y al rededor de estos venerados personajes se agrupó una falange de escritores distinguidos y de ardientes reformistas.

Entonces se organizó una verdadera cruzada contra los antiguos usos y las degradantes costumbres de las cárceles. No faltó el celo y la abnegacion á los que tomaron parte en esta empresa; pero carecían de un plan, de un sistema fijo. Howard les habia transmitido su ardor evangélico y les habia enseñado á aplicar el bálsamo á la llaga; pero no les dejó método ninguno, ni teoría sabia, ni fórmula de trascendencia alguna. Los reformistas modernos juzgaron que todo esto era indispensable; desearon una caridad analítica y sinóptica, una beneficencia en capítulos y números; y fué cuando aparecieron en todas partes, y especialmente en América, innumerables disertaciones, dirigidas á fundar la nueva ciencia, el *novum organum* del sistema penitenciario. En los libros puede juzgarse del valor didáctico y los resultados que han producido. Esto sentado, empecemos nuestra inspeccion.

I.

NEWGATE.

Cualquiera que conozca la ciudad de Londres no puede menos de conocer á Newgate; un extranjero perdido en las calles de la capital lo distinguiría, por instinto, entre diez mil edificios; lo conocería por su aspecto triste y solemne, por su construccion maciza que entristece y atrae las miradas, y es indudable que habiendo visto una vez aquella lúgubre fachada, se fija en la memoria para no borrarse nunca de ella.

Elévase Newgate en un sitio sombrío y aislado, y de todas las cárceles de Londres, es la única que tiene algo de grande y que verdaderamente impone, pues aunque todas tienen un exterior siniestro, repugnante y sucio, carecen de la horrorosa magestad que distingue á Newgate. Las otras pueden sostener el parangon con las decoraciones de calabozos y encierros que presentan los telones de teatro; pero solo Newgate parece llevar escrito en sus murallas el sello de la maldicion social; solo Newgate se presenta á nuestra vista como el asilo de la degradacion. Acaso contribuyen á darle esa terrible originalidad los negros misterios que, al parecer, descubrimos al través de sus paredes, las sombras siniestras que nuestra imaginacion arroja sobre aquellos impuros calabozos; pero la mayor parte del efecto que produce, nace del edificio mismo, del género de su arquitectura y de todo lo que le rodea. Aquellos trozos inmensos de granito de que se forman sus profundos muros, y contra los cuales parece que se aplastarian las balas de cañon, aquellas torres amenazantes y grotescas, aquellas puertas abarrotadas con hierro, que solo giran sobre sus gongos en circunstancias extraordinarias, cuando van á dar entrada á un criminal ó le dejan paso para el cadalso, todo esto hace que parezca más bien uno de los antiguos castillos feudales, ó una de las prisiones de la inquisicion, que una casa penitenciaria de la moderna Inglaterra.

La misma situacion del edificio engendra tambien en el ánimo un involuntario terror. Estiende aquel sus alas en el corazón de la capital, donde se cruzan las dos grandes arterias llenas siempre de una multitud de transeuntes presurosos; en el extremo de sus torres se levanta la cruz, símbolo del culto nacional, y frente por frente está la sombría iglesia del Santo Sepulcro, bautizada con este nombre por la casualidad, tan oportunamente, que solo ella pudo haberle puesto un nombre tan adecuado. En efecto, á la iglesia del Santo Sepulcro corresponde recordar al sentenciado la expiacion solemne que le aguarda; sus campanas tocan á muerto antes que la muerte haya llegado, y la sentencia fatal de la justicia vibra en aquellas notas de bronce como los sollozos que lleva el aire fugitivo. Desde su mudo retiro oye el criminal los dobles fúnebres que, dominando el ruido universal, van á caer al fondo de su corazón despedazado. ¡Qué amargura tan horrible la del asesino, cuando, alcanzando su imaginacion el día en que debe pagar con su sangre la que vertió del hermano, vea cómo se le desliza entre los dedos el corto estambre de su vida! El eco de la campana resuena en su alterado oído como el de la trompeta del arcángel en el día del juicio supremo, y sobre el horizonte de su vida vé trazarse el negro círculo dentro del cual ha de quedar su cuerpo para siempre.

En la mañana del día en que se verifica el suplicio, las horas marcan su curso con exactitud implacable. Desde la una hasta las seis resuenan violentamente y se precipitan con una espantosa rapidez. Se acercan las nueve, momento solemne que producirá un cadáver, y ya se oye á lo lejos la bronca voz de la muchedumbre. La oleada de curiosos se agolpa y crece al rededor del patibulo, que tiende los brazos hácia su presa; estréchase las distancias; de en medio de aquel inquieto mar, que rodea al lugar del suplicio, como los salvajes al cautivo que hicieron, se levanta un eco sordo, tempestuoso, que poco á poco va aumentándose, y rompe en fin con el furor del trueno. Empero el momento fatal ha llegado; las campanas han herido los aires, aunque en vano, porque nadie ha podido oír los fúnebres dobles; á lo menos se ha evitado al culpable este tormento mas, y antes de espirar no habrá sentido en su frente el aire helado de la tumba; la muerte no se le habrá llegado al oído á hacerle su llamamiento funesto.

El sitio en que se abren las puertas de Newgate, es para Inglaterra como una arena de gladiadores. Allí es donde, despues de lanzar sañudas imprecaciones contra los juegos sangrientos de la Roma imperial y pagana, y disfrazados con un pudor hipócrita, se preparan las fúnebres representaciones tan agradables para muchos seres que llevan el nombre de cristianos, para gente que se llama honrada, y para tantas mujeres vaporosas que vierten lágrimas á torrentes por la pérdida de una ardilla ó la enfermedad de un canario. Tambien tiene la Inglaterra sus hecatombes, aunque desprovistos de aquella magestad de los antiguos circos donde se sentaban bajo pabellones de púrpura en anfiteatros llenos de perfumes, y al son de melodiosos coros, cien mil ciudadanos presididos á veces por el mismo César empuñando el cetro de oro. Verdad es que no lanzan á la arena fieras hambrientas para verlas despedazarse y ensangrentar el suelo, pero las inclinaciones son las mismas; los mismos instintos que dominaban en el pueblo rey, con la diferencia de que satisfacen de otro modo, haciendo un ultraje á la humanidad y al mismo Dios, cuyo propósito indudablemente no ha sido que se manchen con sangre las páginas de su evangelio, ni que la horca columpie sus esqueletos en frente de los templos donde se pide de rodillas por la paz y por el perdón.

Pero corramos un velo para ocultar esta escena repugnante, y entremos en la cárcel.

(Continuará.)

AFORISMOS ECONÓMICOS.

El trabajo es una propiedad.  
El proletario vive de los productos de su industria, como el propietario de la renta de sus campos.  
Pretender que exista el uno sin el otro es querer que exista el alma sin el cuerpo.  
El capital y trabajo son los dos sexos del mundo social; solos nada producen: la union de ambos engendra maravillas.  
Privar al uno de su justo jornal, es ni mas ni menos que si se robase al otro su oro ó su cosecha.  
El orgullo almuerza con la abundancia, come con la pobreza y cena con la vergüenza.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO 31.

De la mano á la boca se pierde la sopa.



Vendedoras de fósforos.

Alimentados, vestidos y alojados con el producto de las calles sin garantía del gobierno.



Vendedora de pescado.

—Creo por el olor que no está muy fresco.  
—Todavía está húmedo con el agua del mar.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 23.

Cu  
 tempe  
 nor d  
 dos q  
 cuya  
 en su  
 Isabe  
 presi  
 verda  
 punto  
 ello  
 E  
 de S.  
 na, s  
 Oliva  
 sona  
 no de  
 guas  
 pelig  
 al Po  
 dista  
 sino  
 Pues  
 nierc  
 corre  
 que  
 de la  
 A  
 carp  
 fund  
 rio,  
 la m  
 espe  
 na,  
 aque  
 En u  
 gust  
 orde  
 mes  
 sent  
 cont  
 baj  
 labo  
 fusil  
 A  
 y se  
 arra  
 cañ  
 S  
 de la  
 del  
 sejo  
 S. M  
 na  
 neda  
 el a  
 par  
 non  
 el R  
 pres  
 de a  
 ton  
 Exc  
 Con  
 de l  
 de  
 Dor  
 don  
 ball  
 rizo  
 del  
 Voc  
 ria  
 enc  
 de  
 par  
 pac